

No podemos conocer a fondo la historia de un pueblo si olvidamos el tácito existir de aquellos hombres que, tarados en el cuerpo o en la mente, han sido marginados de ese acontecer diario que constituye la "gran Historia" de una sociedad. Cada comunidad humana tiene una "pequeña Historia" que, por pequeña, no deja de arrojar, en muchas ocasiones un balance muy positivo, tejida por dichas existencias minusválidas y por la de esos individuos del sector "normal" que tramitaron gran parte de su vida tratando de hacer más humano, más histórico en definitiva, el acontecer de aquellos seres.

Sevilla, la ciudad risueña y despreocupada, tantas veces cantada por músicos y poetas, tiene también su pequeña triste historia. Pero esta tristeza no lo es de un modo radical; sino que, frecuentemente, está también salpicada de realizaciones nobles que, entretejiéndose con las otras facetas, constituyeron un todo completo.

La historia resulta siempre de la dialéctica establecida entre un pasado que ya dejó de ser —pero que aún está presente de alguna manera— y un devenir que, aun sin ser todavía, de alguna forma incierta y vaga se nos muestra ya en apenas una tenue predicción. El hombre, aun sin proponérselo, está siempre haciendo historia. Cada hito vivido por su naturaleza desborda su perimundo ante el paso de los años y se hace historia. "El hombre —como dice Rodríguez Casado— ha de trascender al mundo dejando una impronta perdurable: la de su trabajo creador".

La inoperancia existencial es, quizás, el modo más negativo —o el menos humano— de contribuir al progreso del mundo. Cuando, ante los hechos planteados en una época cualquiera, los hombres que viven inmersos en ella no se deciden por elegir el camino de la operatividad, construyen aquella historia que podríamos reducir a un "laissez faire, laissez passer". Será una forma negativa de concebir

*la historia, pero es también historia al fin y al cabo. La articulación del hombre y su mundo —quiasma intersubjetivo, como diría Merleau-Ponty— es un hecho que se produce simultáneamente con el advenimiento del ser.*

*Cualquier modo de respuesta o de simple conducta del hombre es un estímulo —inevitablemente!— que produce unas resonancias concomitantes en el medio ambiente en que dicho individuo se encuentra. Nada es impasible para el comando —“mitwell” de los autores alemanes— que nos rodea. De aquí que ya estemos apostillando el advenimiento constante de toda existencia humana como trascendente. Incluso la operatividad intrascendente —hacer las cosas sin un porqué y sin un para qué, cuya raíz profunda no conocemos, apareciendo casi siempre como soterrada en nuestro ser— forma parte de ese entretejerse de la conducta del hombre y su mundo.*

*El hombre está condenado a dejar una huella a su paso por el mundo, y nadie —ni siquiera el que voluntariamente eligió a una edad temprana su destierro del mundo— puede rebelarse a este hecho dimanado de nuestras dimensiones existenciales. Por ello conviene que el hombre que ha sentido su gran responsabilidad en la creación del mundo —consciente también de su enorme contingencia— no claudique ante las exigencias constantes que su medio ambiente le va imponiendo. De aquí, que convenga persuadir al hombre de todas las épocas en el sentido de su forzosidad, por naturaleza, hacia una transcendencia; transcendencia que siempre vendrá sujeta y como dirigida por el arbotante ocasional que le reclama y le constituye.*

*Aquellos hombres que fueron capaces de emitir respuestas —“contestatarios” les llamaríamos ahora— frente a ese acontecer cotidiano, hicieron —más bien debería decirse conquistaron— la historia. El estímulo del medio ambiente supuso en ellos el ejercicio de esa capacidad de respuesta que, a su vez, indudablemente transformaría la situación estimulante. Pero no olvidemos nunca que, al*

*emplear la vida comprometiéndola en ese responder a los estímulos, constituimos simultáneamente nuestro ser con esas respuestas. De tal forma que nuestro aparato contestatario personal deviene a identificarse e incluso a dirigir, en no pocas ocasiones, nuestra propia historia personal, es decir, nuestra naturaleza comprometida y hecha ya historia vital e íntima.*

*Amigo lector, hemos llegado a un punto crucial que debemos compartir contigo. Si la historia de nuestras Instituciones es inevitablemente historia de nuestros mayores, ¡con qué respeto y delicadeza debemos internarnos en aquellos hechos! ¿Hasta qué punto podemos elaborar juicios acerca de las soluciones que, a modo de respuesta, ellos emitieron frente a los problemas que, como estímulo, les condicionaron en su época concreta? Piénsalo en la soledad acompañante y encontrarás la enorme dificultad con que tropieza el hombre al desvelar la historia de otros hombres.*

*Otro modo de contribuir a la historia —y, por cierto, no el más inoperante— es el que escapa a la propia determinación del hombre. Nos referimos aquí a la marcha de la naturaleza humana, en cuanto biología incardinada en el espíritu, que se realiza en un contexto cultural concreto. La historia de las enfermedades y de los enfermos también merece ser escrita como tal.*

*Hagamos una breve consideración acerca de las funestas consecuencias que depara el no considerar la dimensión histórica, pretérita o futura, de cuantas cosas nos rodean. El hombre de hoy malemplea frecuentemente las culturas que le antecedieron, dando una edición barata de sí mismo o de la humanidad. Hoy, se manejan, por ejemplo, el concepto de gravedad, o las integrales, arrancados estos conocimientos del contexto en que fueron desvelados. Así, inopinadamente, podemos arrojarnos en un "funcionalismo" derrotador de todos los presupuestos históricos, al no considerar el enorme esfuerzo, no de un hombre sino de una cultura entera, por conocer o*

*descubrir aquellos hechos. Un médico que, al emplear los antibióticos o los psicofármacos, no tuviese en cuenta el trabajo realizado por los hombres concretos y el ámbito cultural total que, en su tiempo hicieron posibles estas adquisiciones, está atentando, en nuestra opinión, contra la misma ontología histórica, e incluso, si se nos apura, contra la ontología misma. Este "funcionalismo" sería lo más opuesto al pensamiento creador, que constantemente procura relacionar el pretérito con el devenir.*

*¿Cuál es la misión del que elige el oficio de historiador? Al comprometer su existencia personal en desvelar los hechos del pasado, no hace otra cosa que dar posibilidad de existencia a la historia misma. No sería, pues, oportuno ignorar el estado del hombre que decide empuñar la pluma para escribir su propia historia al par que la historia de los que le precedieron.*

*Téngase en cuenta que, al desvelar los hechos —escondidos por el paso del tiempo y el polvo de los archivos— de alguna manera desvelamos también lo que de verdad somos. Todo lo hasta aquí apuntado quizás sea juzgado como un alargamiento innecesario que nos alejase de nuestro propósito. Sin embargo, a nosotros se nos ha manifestado como vitalmente importante el explicitar estas cuestiones, esperando de esta manera haber esclarecido un tanto nuestro propósito.*

*Como deseamos que estas líneas vayas dirigidas a todos los sevillanos —no escribimos para un sector profesional concreto— hemos preferido la claridad al rigor, y la metáfora a la precisión terminológica, escapando así a una inevitable incomprensión, como ocurre tantas veces en las que el hombre trata de relatar las menudencias del cotidiano existir. Han sido muchos amigos sevillanos los que nos han ayudado en la recogida de datos para la elaboración de estas notas; a todos ellos, nuestro más cordial agradecimiento.*

*En este trabajo nos hemos propuesto ordenar los hechos que*

constituyen el "ser histórico" del Hospital Psiquiátrico de Miraflores. Pensamos sea interesante para el público sevillano conocer los precedentes y la génesis de este establecimiento de un modo íntimo y real, ya que a todos nos atañe su existencia como faceta ineludible de nuestra comunidad humana, aunque frecuentemente pretendamos ignorarla.

El interesado lector, que a partir de ahora, nos acompañe, asistirá a los antecedentes históricos que condicionaron a la actual institución, verá las interminables gestiones que la Diputación Provincial realizó, aun a pesar de su minusvalía económica, en pro de los alienados; acompañará en su valiente y audaz efectividad a la simpática monja sor Ursula de Villabaso que, con infatigable celo, llamó la atención al discutido "individualismo sevillano", para la fundación del establecimiento. Se sorprenderá con frecuencia ante la personalidad científico-humanística, adelantada con respecto a su tiempo, del doctor Lupiáñez, otro artífice importantísimo de esta pequeña historia. Finalmente es probable imaginar su admiración ante el acto de apertura del Sanatorio, y ante el reconocido prestigio internacional de que gozó en aquella época.

Tan sólo añadiremos ya, que el último motivo que inclinó la balanza de nuestra decisión para emprender el presente estudio, ha sido el luchar contra ese anonimato estéril que, en no pocas ocasiones, tapiza a las grandes obras y a sus protagonistas. El nuevo Hospital Psiquiátrico de Sevilla es hoy un proyecto que, aceleradamente, promete convertirse en realidad. El viejo caserón de Charco Redondo, que tan prestigiosamente se inauguraba en 1890, hoy está cercano a ser relevado. Permítenos, amigo lector, que te trasmitamos siquiera estos breves retazos de su biografía. No agotaremos toda su historia. Algunos de sus aspectos, por recientes, se resisten al enjuiciamiento histórico, ya que aún no han sido tamizados por el transcurso del tiempo. La vida nunca puede vertirse totalmente en letra impresa.

*Pero si hemos conseguido, al menos, inquietarte un poco y comprometerte con esta parcela de nuestro pasado, nuestro trabajo no habrá sido estéril, y todo nuestro esfuerzo quedará suficientemente satisfecho.*